

## POEMAS DE EDUARDO COTE LAMUS

(Selección hecha por Eduardo Camacho)

### La vida en vano

*Siempre fue igual el amor a caminar despacio bajo la lluvia,  
a saber el deseo, donde se dura, presa en otro cuerpo,  
a volver los ojos al hombro y ver el horizonte.  
Pero la libertad concluye cuando deja de entregarse.  
Y si el amor ya no acompaña, ¿a dónde ir?*

*Mas el amor varía como las estaciones.  
Algo suena en el río amenazando sombra:  
se contaba en la infancia que las piedras  
estallan cuando vienen las crecientes  
y siniestras creaturas se liberan  
que van corriendo abajo destruyendo.  
De nada tienen piedad hasta que vuelven  
a meterse en las rocas. Así el amor.*

*Sucede, en los amantes, que siempre hay uno que ama más,  
y él dirige, activa, muere y muere, se ahonda o sube,  
mientras el otro en la serena sombra se desliza  
donde el día puede dormirse y estremecerse en sueños,  
Pero la amada entonces recibe del amante  
el amor, como una corona en la frente.*

*Siempre fue el amor como el comienzo de otoño,  
el profundo labrarse del hombre como piedra en el agua,  
como cuchilla en la piedra, el ir preparando día  
tras día, sin saberlo, el hallazgo de un sueño:  
entonces yo  
puse cuerdas al sueño y sonó como un arpa.*

*El amante siente que algo sucede entre su pecho  
porque la amada lo ama más. Y poco a poco  
lo supera: él, definitivamente perdido.*



Donde parece que no cuenta el tiempo, en las prisiones,  
se ven salir después de la condena  
jóvenes rostros que al sentir la libertad se vuelven viejos.  
Así el amor. Como en Alemania de post-guerra,  
cuando después del trabajo se reúne la familia  
en el antiguo símbolo de la mesa, y todos van llegando  
con la edad: el joven y su esposa con la  
llama azul de sus ojos y con el hermoso hijo de la mano;  
el abuelo, magro y severo, todavía como el sabor de la cerveza,  
y la madre, más severa aun: entonces, al juntarse en los

manteles,  
todos envejecen, mientras  
por la frente del niño cruzan las arrugas del  
bisabuelo del retrato. Porque en ese instante piensan  
que no existe el futuro sino las sillas vacías en la mesa.  
Así el amor.

Siempre fue el amor igual a poblar una doncella,  
a verla convertida en siembra porque todos  
los días buscan nuevo nombre, y así, llena de nombres  
hasta la concepción.

Allí cayó el amor, se dice, y uno lleva  
los huesos ardiendo, al rojo vivo.  
Todo se siente en la oscuridad: el arco tenso,  
ceniza el corazón, por suelo el pecho,  
el otoño con su máscara de frutos, el cielo de mañana,  
el apetito de volver aunque no sea sino los ojos.  
Allí cayó el amor, se dice, y se dice  
que Teseo comió la carne de sus hijos  
y respiró hueco, su cuerpo hueco y a la merced del viento,  
mientras la golondrina y el ruiseñor iban cantando.  
Siempre fue el amor igual a salir todas las noches  
a buscar una estrella entre el ancho cielo.  
Y no encontrarla es un mal signo, porque todo  
está marcado como las cifras en la piel de las bestias.

Y se continúa buscando y esperando. Digo a propósito  
que en el Barrio Chino de Salamanca, rodeado de conventos,  
llevaba Luisa, ya octogenaria, flores de papel  
en la cabeza.

Viene luego la asignación de los días vacuos,  
de los días mercenarios que se quisiera alquilar,  
casi sin fecha,  
tal vez para llenarlos como un cántaro.  
Entonces viene la pregunta: ¿A dónde ir?

## Meditación de otoño

Se podría comenzar a describir un potro hablando del fuego  
del corazón del hombre. Esto vale para la primavera.  
el pecho humano se ahonda y se debate  
como los árboles ante el invierno,  
como los ríos en los deshielos.  
Mejor recordar la luz que se entregaba en Ostia.  
Pero no! Es necesario recolectar las horas  
para leer el tiempo en el libro de otoño.

Como ladrón vino el otoño  
hasta el verano y le robó;  
en vez de flores trajo viento,  
otoño todo lo robó.

Ahora se han perdido los caminos  
del bosque. El cazador furtivo  
se parece mucho a la muerte avara  
y han pasado días desde que el hacha  
enmohece en el hombro del vagabundo leñador.  
En verdad, esta época es extraña, y mejor  
pensar en el rubio león que por el cielo  
comenzó a descender en la playa de Ostia.  
Pero no. Aquellas eran sombras extranjeras  
y el primer tajo del otoño vino ciego.

Y no es la luz la que se marcha,  
tampoco fuego quien se va:  
es solo tiempo el que se queda  
con sus ojos de más allá.

El primer tajo de otoño dio en los frutos  
y el vino, primariamente alegre, embriagó las estaciones  
hasta que los ríos no pudieron contener la locura de sus riberas  
Fue entonces cuando el murmullo de insatisfacción  
de los muertos mal juzgados (los deseos valen como los actos)  
se estremecieron en las raíces de todo, hasta  
que al caballo de Otoño hizo la entrada, coronado de hojas.  
El mar en Ostia se dejaba acariciar su melena  
y las horas gratisimas transcurrían, rapidisimas,  
como las mismas olas.

Del árbol de otoño cayó  
el invierno igual que una hoja:  
la nieve fue la postrer hoja  
que el viejo otoño robó.

El fuego en el otoño tiene los ojos claros  
y sus largas barbas rojas en verano,

ahora imperceptibles por la luz, abrazan con más fuerza.  
De ahí que el potro no pueda compararse en el otoño  
con el fuego del corazón del hombre.  
Dejemos a la primavera con su bella mentira.  
y sin embargo era hermoso vivir en la playa de Ostia.

### Elegía a mi padre

Una vez tendido le dio por morir como  
antes le había dado por vivir,  
por talar los eucaliptos y hacer la casa  
y se echó a morir porque sabía  
que de esa no pasaba.

Acaso, cuando los bueyes se cansaron  
de arar, no se había puesto alguna vez  
en la nuca y en los hombros la coyunda?  
Y la tarea quedó cumplida mucho antes  
que la sombra, ya que las estrellas.  
Tenía que terminar también su asunto  
a cabalidad y como fuera.

En su mano derecha la firmeza  
como empuñando un arma  
o dirigiendo el surco o trazando  
el círculo de su vida, cerrado,  
arbitrario, pero tan propiamente suyo  
como el bastón de tosco palo,  
como el sombrero o los zapatos  
o la ropa que llevaba, que ya era suya,  
hecha por él, como sus actos.

Su mayor riqueza consistía en ver los potros  
galopar libres bajo el ancho cielo  
o enlazar alguno con certero silbo,  
marcarle el anca y darle nombre,  
un nombre fácil: Cascofino, Dulcesueño, El Palomo,  
enjalmar la mula, hablar de las heladas.

La tierra vino a él más no en su ayuda.  
Y decía palabras, preguntaba  
por amigos que allí no se encontraban  
y de sus brazos que iban y venían  
como alentando el fuego del herrero  
de su propia existencia, le caía  
fuerza, sudor como yunques, dominio;  
desde sus brazos le caían los días  
que vivió, uno a uno, a borbotones.

Pero murió porque le vino en gana,  
porque tenía que hacer del otro lado  
junto con su mujer, la que le tuvo  
los días listos para su trabajo,  
dulzura en la mañana, el pan servido  
al alcance del corazón, la ventana abierta  
cuando volvía hecho trigo de los campos.

Yo no te cuento pero debo contarte:  
te llevamos a una casa con amigos  
del alma, te acompañamos, ya lo sabes,  
y al otro día tuviste tres entierros  
como te correspondía; en la mañana  
te llamabas más Pablo aun, respondías  
más a tu nombre: eras silencio.

Por el aire te pusimos en las manos  
de otros recuerdos, y tu tierra era entonces  
tan cercana. Río arriba, entre los climas,  
te nos hiciste piedra en el pecho,  
te nos ibas hundiendo pecho adentro  
porque tú estabas en él y te nos ibas.

Entraste a Pamplona como si lo hubieras hecho  
a caballo: tomamos el potro de las bridas  
y descabalgaste igual que siempre, entre cipreses.

Como estabas muy alto tus hermanas  
no podían verte y una de ellas trajo una banqueta  
sobre la que subieron y te llamaron Pablo Antonio,  
te nombraron paulinamente Pablo entre las lágrimas.

Pero estabas de espaldas como un río.  
En la cuesta tu cuerpo se hizo plomo;  
poco después el peso fue liviano  
como si hubieras tú metido el hombro  
y te llevaras a enterrar tú mismo.

Te colocamos con cuidado, con flores, con ternura.  
Yo creo que tenías entre tus manos  
una cuerda y un trompo y una espiga  
y un rumor de mucho cielo en tus oídos.

Sabes muy bien lo que te cuento  
pero te lo digo. Estaban,  
con el sombrero en la mano  
a pesar de la llovizna  
todos los que te querían:

*el que te vendía la carne,  
el que te compraba el trigo  
y el hombre de azadón que respetabas.*

*¿Hallaste allí la paz? es mi pregunta.  
Mas yo no debo preguntarte nada.  
Tú no querías la paz sino la dura  
tierra para sembrar, el aire para  
vencer con árboles, cosas difíciles.*

*Viejo campesino. Padre mío,  
en palabra y en acto igual que el hierro:  
tan de una vez, tan para siempre:  
viejo de a caballo, viejo macho.*

*Pablo eras no más y Pablo somos.  
Padre, qué poco Antonio te llamabas.*

## Fragmento V

*Hicieron los hombres el tiempo  
para darle nombre a cosas  
de las que poco sabían:  
la vida, el amor y la muerte  
y el destino de conocer  
que los actos son las huellas,  
los huesos, la piel, la conciencia.*

*Fue antes la montaña orgullo de la cordillera;  
en su lomo retumbaban los relámpagos  
como una crin de bronce en la nuca de un caballo.  
El llano bebió el agua a la montaña  
y entonces, de un tajo, le cayó la sed;  
fue un castigo con sevicia concebido:  
las raíces se pudrieron y una lepra  
roedora de piedras, amedrantó los fósiles  
que dormían: a ellos también, a latigazos,  
se les volvió al polvo y solamente  
algo del olvido se escucha entre su sombra.*

*Antes la montaña invocaba la lluvia  
pidiendo pan para su cuerpo estéril,  
sémén para su vientre,  
pero implacable el cielo la condenó a su suerte:  
hasta el propio cauce se bebió su río.*

*Primero fueron grietas, luego cayeron corredores, pasillos,  
túneles se abrieron y un arado feroz*

*tirado por dos bueyes vengativos  
la tierra roturó en laberintos.*

*Luego comenzó la guerra de las cosas:  
chispas no sacaban las armas sino tierra;  
las espadas, como labios, se rajaron de sed  
contra relámpagos de sequía, contra la bota implacable  
que caía, pero nunca la tregua. Fue la cal  
contra el aire, el barío contra el infinito,  
galope de tierra contra muros invisibles,  
la desesperación contra las estrellas;  
pájaros que hacían las veces de flechas  
y los árboles de arcos;  
plumas semejantes a las sombras, antorchas, danzas  
luchando con innumerables pies; hormigas, larvas,  
átomos contra energía y la gran diversidad de las especies  
esperando respirar aire de llamas.*

*La montaña, en pedazos, cayó por fin vencida.  
Una ciudad creció en testimonio  
de batalla. El viento se encargó de fabricar  
el orgullo de la derrota.*

*Rotos, por el destino, los castillos  
están despedazados: de las torres solamente  
el fundamento y las columnas despavoridas  
tiemblan en la noche. Tienen el eco muerto  
los grandes aldabones y las calles sin nombre  
caminan torpemente. Altas eran las flechas  
que culminaban la ojiva y más altas  
las frentes de sus habitantes. Las fuentes y los jardines,  
las alcobas por el amor cohabitadas, los vientres sembrados  
clandestinamente y las generaciones que apretaron  
su sed bajo tierra para seguir muriendo a gritos  
¿dónde se encuentran?  
Dónde esta civilización inexistente?*

## Fragmento I

*El viento que viene y el viento que va  
no son nada, en realidad, del tiempo.  
El tiempo en otro sitio donde el hombre,  
capaz de su destino, trazó el aire,  
el arma de sus sueños, y la tierra  
labró para guardarse en ella.*

*Esto fue en el terreno de los hombres.  
Una ciudad allí cumplió la vida*

si en grandeza se quiere más arriba  
de los propicios cielos fulgurantes  
donde el dominio de los dioses todos  
hizo imperios, circunvaló las sienas  
de las colinas, encontró las leyes,  
convivió con lo humano dando aliento  
sin par a la victoria.

Esa colina es hija de los nobles  
pensamientos del dios. Y si miramos  
desde la cumbre del año más alto  
vemos la loba alimentando a Rómulo  
y la ciudad que fue surgiendo al mundo  
coronada de hazañas y de templos.

El Palatino, cierto, es diferente.  
Toda la historia cabe en la mirada  
y las ruinas así nos lo demuestran.  
de modo que podemos ver las piedras  
puntualmente ordenadas por Augusto  
quien también entendió que los poetas  
eran la gloria y prez de su gobierno,  
fue amigo de Virgilio, el que hizo cantos  
a la reforma agraria:  
otra no es la intención de las Geórgicas  
en donde están aun los surcos frescos  
y los trigos germinan todavía,  
y en donde están medidas las cosechas,  
la necesaria fuerza para el brazo  
que lanza la semilla,  
la propiedad, la ley de los viñedos  
para que el vino estalle como luz,  
embriague como luz aunque su llama  
sea roja.  
Y por ahí también anduvo Horacio,  
dominador de numeroso metro,  
que afiló como a un hacha el epigrama  
y cultivó palabras como nadie.

El Palatino está dentro del tiempo.  
Su mole es como un puño alzado al cielo  
en su ruina imprecando por los días  
antiguos. El tramonto le golpea  
su soberbia, y su piel, presa de luz  
se incendia cada tarde en el crepúsculo.

Aquí el asunto es muy distinto.  
Una que otra columna, cauces solos,

tierra como de sol sin sombra, sombras  
como ascuas: los árboles no existen. Solo sed  
y un pueblo que da vueltas a la plaza  
para ir al cementerio o hasta el río  
sin agua. Del otro lado una muralla  
con cruz, y del otro también, con cruces  
donde la muerte sueña con los muertos.

El viento que viene y el viento que va  
saben algo de todo esto: el tiempo, no.  
El tiempo está en Sumeria, en Babilonia,  
en Tebas, en Nínive, en Egipto, en Creta,  
en el Partenón, en los museos, en Jenofonte,  
en los muros, en las ideas, en la política:  
huesos de la civilización.  
Aquí hay un reino de tierra y arenisca  
maravillosamente sediento.

## El vértigo

Todo se va cayendo, todo es piedra,  
molino que cambia aire por harina  
como el hombre es igual a lo que anhela.  
Todo se va cayendo, todo es plomo  
que cae ceniciento por la piel.  
Y todo va cayendo al miedo. Alguien  
usa la voz como perfume: cae  
sobre su sombra y la destruye, cae  
envuelto de pasión sobre sus pasos:  
los borra, los sepulta, los camina.  
Todo se va cayendo, todo es sueño:  
la luz para encenderla tiene un nombre,  
otro para apagarla. Todo es sueño.  
Alguien se fue quitando días, poco  
a poco, hasta quedar sin años, para  
meterse en tierra y embozarse en ella.

## La justicia

Yo padecía la luz, tenía la frente  
igual que una mañana recién hecha;  
luego vino la sombra y me sembró  
sin darme cuenta la señal amarga:  
las palabras serían desde entonces  
Una visión del mundo derribado

en sueños; uno tiene que cantar  
porque un nuevo Caín es ser poeta.  
Me vendí como esclavo para que  
mi dueño manejara mis acciones;  
resulta que el amor me hizo más solo  
y mi amo no podía con sus culpas.  
Liberto vago, sí, manumitido  
de mí: la sombra soy de lo real;  
pero tampoco puedo darme cuenta  
de qué es lo que transcurre en mi contorno.  
Lo malo es sentir que pasa el sueño  
a través de los ojos y del pecho  
y no poder decir lo que sucede.  
Sí: por esta palabra que yo escribo  
seré después juzgado, ajusticiado;  
no me defenderán contra la muerte  
mi labor de contar, de decir cosas,  
el ir muriendo en cada letra, de  
ver cenizas donde está la vida.

## El cuento

Esto fue alguna vez un cuento.  
La hoja. El otoño. Leñadores. Un poeta.  
Silencio como agua que construye un vaso.  
Las palabras llenaban el parque, silenciosas;  
el verano fue vencido por una dicha escondida,  
inexpresada,  
y sobre la hoja caía un cuento.

El cuento traía árboles.  
Por eso los pinos avanzaron pensando que sería  
mejor,  
cumplir hojas en lugar de árboles.  
En el cuento había un otoño, una hoja y un poeta.  
Voces. La voz. Palabras...  
como pidiendo fluvialmente perdón,  
a la manera del río.

Tan cerca estuviste de mi voz que creí  
estar hablando con tus labios.  
El camino adelgazó la arena impidiendo las huellas.  
El parque. De vez en cuando el viento.  
Los amantes existían cerca de una lágrima;  
y sobre los vilanos pasaba lento el cielo.

El viento. Y en el aire la hoja vivió un pájaro.  
La hoja estaba, bajo las hojas, fría.  
La esperanza. El hallazgo. El calor niño todavía.  
La esperanza.

Oías tanto que eras vegetal.  
Mi voz entraba por tu piel hasta volver sangre.  
Un tren huyó y llenábamos las horas con el cuento.  
Los leñadores adelantaron el relámpago.  
Faltó un caballo de madera, girando.  
Era la agonía de una hoja.  
Un pañuelo en tierra recogía semillas  
adonde caían lentas tus manos, como soñando.  
Pero llegó el poeta y avanzó hasta el cuento:  
tu rostro latía fresco entre lo verde.  
Las palabras fueron savia.

El guardabosques. Continuaba el verano.  
Y no decíamos nada. Los árboles.  
Yo tenía entonces esperanzas.  
Entonces...